MI VIDA

Pilar Bautista Sánchez

Nací hace décimo primeras. Al nacer más niña, había poco espacio dentro del huevito. ¡Qué calor tenía!

Con lo estricto que estaba decidido, decidí probar suerte y ver qué era esa luz brillante que se filtraba a través del cascarón. Ya lo había intentado otras veces pero no tenía fuerzas. Esto, si, sabía que lo día de conseguir porque mi pico era ya muy grande y ya quería estar con mis patas.

Aún sin dar cuenta hace un agujero de un pinotazo con el otro. Y el cascarón se rompió. De repente, sentí algo que corría por mi cabeza y sacada mis plumas de algodón. Al principio noté un poco de frío pero al poco... ¡Qué gusto, mis plumas estaban secas! Así que decidí asistir a mis patas.

A mi lado vi otros huevos y sentía cómo dentro algo se movía eran mis hermanos. De pronto, el cómo alguien se acercaba moviéndose al nido. Ya no podía soportar algo más tiempo dentro y rompi el cascarón. Entonces vi a mi madre, una águila imporiente; ella estaba tan sorprendida como yo al verme. Al poco, apareció mi padre, majestuoso. Con sus fuertes patas trataba la comida, primero dejó comer a mi madre y luego ella, tras martecer la comida, luchó su pico contra el mío y en esa instant me abrió y dio de comer. Sin saber, había comenzado mi vida.

Mis hermanos comenzaban también a abrir el cascarón, y cuando lo rompieron no había nada más que pico llamado a mi madre, ¡Qué ruido había! ¡Sólo pensaban en comer! Mi madre los alimentó uno por uno de la misma forma que a mí, y cuando terminaron los tres nos juntamos para daros color.

Pasada el tiempo y cada día descubría algo nuevo. Desde la alta de la encina, veía todo lo que ocurría en el campo: vi pasar los camellos, juzgar a los ladres, volar a muchos pájaros, correr a los zorros con su larga cola, oso y stereope-lado...

Día a día, mis padres nos traían la comida y nuestro plumaje de algodón cambiaba. ¡Qué extraño! Tanto mi plumaje de varios colores, blanco y marrón. Por entonces, mis hermanos se volvieron muy peleones. Cuando llegaba mi madre se empujaban y picaban por ser los primeros en comer, y cuando no estaba, abrían las alas golpeando con ellas al viento, pero de nada, las vidas yo era más grande y fuerte que ellos.

Un día, cuando mi madre estaba volando lejos, vieron unos seres extraños: no tenían plumas, ni pelo... y llevaban unos cosas extrañas que les tapaba la piel. Se acercaron a la encina, nos sujetaron y, ciega-dosamente, nos pusieron algo brillante en la pata. En seguida se fueron. ¡Qué rara era!!! No se parecían a ningún otro animal. Sólo con el tiempo supe quiénes eran.

Llegado el verano, una tarde de calor comenzó a saltar y a batir mis alas fuertemente. De pronto me di cuenta de que eran casi tan grandes como los de mis padres. Entonces pensé en ponerme a volar, porque yo quería ver lo que ellos veían desde el cielo y recorrer grandes distancias, subirme a las paredes para ver el mundo, ¡qué linda era! Me puse en el borde, nada moví, ¡qué calor! ¡Qué alivio y ruido! De repente me vi en el aire, secelando mis alas pero me dio un poco de miedo y me posé en la cima de una encina cercana. Al poco llegó mi padre y observó en sus ojos un gesto de satisfacción. Se posó cerca de mí y, de repente, echó un vuelo rasante. Casi sin pensar me lo imité y me seguí hasta posarme en la cima de una encina cercana. Desde entonces, no me hizo falta volar al nido, me pasaba todo el día en copa o sobrevolando los alrededores. ¡Y me encantaba volar, era una sensación tan bonita!

Mi padre, entretanto, me traía de comer, pero mis hermanos y yo éramos muy grandes, así que decidí enseñarlos a caer. Los tres vimos cómo mi madre se lanzaba sobre un cordero, y cuando creí que ya lo iba a coger con sus patas, tan sólo la golpeaba y de forma extraña, se posó en la rama de un árbol. Y se dirigieron hacia el que yo interpreté que quería que lo intentara. Eché a volar y me descolgué desde la alta de la rama; sin darme cuenta llevaba mis alas encajadas, el vientre golpeaba mi cara, y en un instante, tenía el conejo agarrado entre mis patas. Así, el dueño de mis hermanos y mis padres me sentí el águila más importante del mundo. No pensaba en comer, tan sólo quería que todos los animales me vieran con el conejo entre mis patas.

Transcurrían los días y cada vez hacía los vuelos más largos. En uno de esos vuelos vi cómo esos seres extraños, que una vez me pusieron esa cosa brillante en mi pata, tenían otras águilas encerradas. Me posé en la rama de un árbol y quise ver lo que hacían con ellas. Senti curiosidad. De pronto, observé cómo las soltaban y las águilas alzaban el vuelo. Me fijé en una, era un águila preciosa, la seguí en su vuelo y desde entonces no he dejado de volar junto a ella. Me contó su experiencia junto a esos hombres y ahora se la cuento a nuestros políticos.

Cuento ganador del concurso "Érase una vez... un águila imperial" de SEO/BirdLife, dentro del programa "Alzando el vuelo".

Ilustración: Juan Varela

Pilar, con el resto de ganadores y el naturalista Luis Miguel Domínguez.